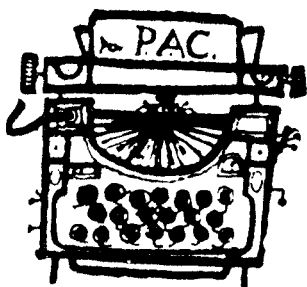


escrito a máquina

*Un brindis
por* **Ciro**



Devolviendo actualidad a Las Mil y Una Noches el Sha de Persia festejó los 2,500 años de su dinastía. Ayer se comieron pavos reales en la ciudad fundada por **Ciro** y destruida por **Alejandro**. **Rubén** hubiera ido, encantado, a **Persépolis**.

Yo brindo por **Ciro**. El **Aqueménida** bien merece un banquete. Destruyó el primer y más grande militarismo creado en la historia. Y el más cruel. El **Asirio**. Y levantó la primera civilización basada en la libertad religiosa y en el respeto del derecho ajeno.

Esto me recuerda mis años de lector de **Toynbee** cuando fui desmontando ideas extremistas y obsecadas de mi juventud. Siempre hay un período de tambores y marchas triunfales en la precipitación juvenil —la etapa napoleónica— en que los ojos ansiosos de cambio y de dominio se encandilan con los hombres de espada. “En el amanecer de toda civilización brilla la espada”, decía un verso de **Kipling** que yo repetía. Uno es generoso y cree que la espada es fácil de abandonarse. Y así vimos hincharse poderes y ejércitos. Vi el crecimiento fulminante de **Hitler**, de **Stalin**, su poderío y su desastre. Vi levantarse dictadores a pura espada y muerte. **Trujillos** y **Pérez Jiménez** y **Batistas** y **Somozas**. Vi comenzar pequeñas **Constabularias** y convertirse en militarismos devoradores de todo lo que podía ser alimento y esperanza de un pueblo.

Decía **Platón**: “Si uno peca contra las leyes de la proporción y da algo demasiado grande a algo demasiado pequeño para soportarlo —velas demasiado grandes para un barco demasiado pequeño, comidas demasiado grandes para un cuerpo demasiado pequeño, potencias demasiado grandes para un alma demasiado pequeña—, el resultado tiene que ser un trastorno completo...”

El mal de la espada es que siempre resulta demasiada grande para quien la usa. La espe-luznante historia de **Asiria** es un ejemplo.

Hay que leer el estudio de **Toynbee**, incisivo e inmisericorde con los fieros y crueles hombres de **Nínive**. Hay que leer la historia aleccionante de estos temibles cazadores de leones, dotados de un innato genio militar, inventores de una formidable maquinaria guerrera, que fueron —un triunfo tras otro— dominando a todos los pueblos iniciales de la civilización humana: **Babilonia**, **Damasco**, **Samaria**, **Sidón**, **Egipto**, **Israel**, **Tebas**, **Susa**... etc. Pero donde llegaban, asolaban. Saqueaban y destruían, sin ningún freno, ciudades y comunidades. Colocándoles el terrible y deprimente yugo asirio movilizaban poblaciones enteras, en ristas incontables, a otras regiones; mutilando sin lástima a millares de prisioneros. Y por si faltara algo, adornaban sus inmensos palacios con un arte realista y cruel: los famosos bajo-relieves asirios que reproducían minuciosamente todas sus crueldades y actos de guerra. Ellos creyeron —como creen siempre los militaristas— que esa forma de dominar a sangre y fuego, al infundir temor, quebranta para siempre toda resistencia. Es verdad que el terror produce una primera etapa de desconcierto que aísla, encueva en el pavor y somete a los pueblos. Pero, si se persiste, el mismo terror va reduciendo el miedo a la muerte. Y hay un momento en el cual el sometido prefiere afrontar la muerte que permanecer en esa muerte en vida que es la vida de temor. En ese momento, impredecible, es que salta la chispa y la chispa encuentra una materia inflamable que es el odio. Nada suma más odio que la crueldad. Es una suma secreta y lenta cuya montaña explosiva sólo se aprecia a la hora, ya incontrolable, del estallido. En el caso de los asirios ese odio debe haber sido inextinguible cuando de todos los pueblos contemporáneos sólo uno pereció para siempre cuando fue derrotado: el asirio. Todos los demás, de una manera o de otra, cayendo bajo dominios extraños, pasando etapas de esclavitud, o de grandeza, siguieron en pie en la historia. Los asirios desaparecieron.

Pero, para explicar su desaparición, hay que agregar otro factor propio también del militarismo: es lo que pudiéramos llamar la economía suicida de la depredación. El guerrero formidable que fue el asirio —dice **Toynbee**— cuando llega a su final, ya no es más que “un cadáver dentro de una armadura”. Ha explotado y destruido todo lo que le rodeaba. Ya no tiene de qué nutrirse. El militarismo aniquila las mismas fuentes de las cuales se alimenta. Las armas siempre han sido y son caras. Las pretensiones de los armados cada vez son mayores. “Pecan contra las leyes de la proporción” como decía **Platón**. Hasta que consumen y acaban en la miseria los pueblos sobre cuya economía medran.

Así llegó el momento de **Ciro**.

Ciro es el prototipo del liberador. **Yavé**, en la **Biblia** y por boca de **Isaías**, le llama “mi ungido”. Siendo no sólo un extraño a **Israel** sino un enemigo —un hombre de otra fe— queda integrado a la teología de la liberación. **Ciro** devuelve a cada pueblo sojuzgado sus derechos

2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

y sus leyes, su lengua, su religión y sus tradiciones.

Por eso, a 2,500 años —saliéndome afuera de la tienda de seda del Sha y de su escandalosa alegría oriental— (dejo a Rubén que afronte los excesivos pavos reales) yo brindo por el paradigmático libertador.

Se trata, tal vez, de un brindis exorcizante y nostálgico. Porque, por ahora, todavía hay asirios en la costa. Todavía Israel gime en el exilio.

“Junto a los ríos de Babilonia
—canta el Salmo de Cardenal—
estamos sentados y lloramos
acordándonos de Sión...”

PABLO ANTONIO CUADRA